



CONCURRENTES A LA FIESTA INFANTIL, CELEBRADA AYER EN EL HOTEL PALACE.—GRUPO DE NIÑOS PREMIADOS POR LA PROPIEDAD DE SUS DISFRACES. (Fot. Alfonso.)



Isabelita Ruiz.

Ella y yo coincidimos en Jerez. Y en hospedarnos en el mismo hotel, en el ya clásico de *Los Cisnes*. Y en la extravagancia de querer almorzar en el jardín cuando hacía sol. Y en alborotar el patio con tertulias desusadas entre la clientela agraria y de viajeros de comercio. Y hasta en la causa de nuestra visita a la ciudad de las bodegas ilustres. Los dos íbamos a divertir al público. Pero aquí comenzaban las diferencias. Porque mientras ella iba a bailar tangos y jigas en un escenario de *varietés*, yo había sido invitado por el Ateneo a inaugurar un cursillo de pláticas, más o menos académicas. Y ahora caigo en que la elección de tema para mi discurso todavía conservaba unidos a los excepcionales forasteros; si, puesto que yo disertaba sobre la danza...

Naturalmente, ella no asistió a mi conferencia. Naturalmente también, yo estuve una noche en el teatro, espoleado por la fama de la bailarina. Quería cerciorarme de la legitimidad de los elogios que se tributaban a esa figura que de cuando en cuando se cruzaba en mi ruta, con su rostro menudo y picaresco, sus pies chinoscos y envuelta en un sumptuoso abrigo de pieles. Apenas la reconocí a la luz de las candelillas. Se exalta, crece, se transfigura en las tablas, como todos los artistas de verdad. Y la modosa muchachuela se transforma en un torbellino adorable de arabescos, iris, refulgencias, locuras y alegrías. Recuerdo en la penumbra de la sala, en el vaho caliginoso de la multitud, el arrullo del sexteto doliente, el rítmico fulgor de sus mallas de seda, el brillo de los dientes y los ojazos, la suave lámina dorada de la espalda desnuda y, sobre todo, el prodigio de su agilidad juvenil, que convertía su cuerpo en una rama de rosas lloviendo sus rosas como en las bacanales...

Al retirarme a mi cuarto, dejé en la taquilla de la correspondencia, donde sólo veíanse telegramas rurales o mercantiles, una esquelita que decía así:

«Un doctor malhumorado saluda a Isabelita Ruiz, símbolo de la juventud, diabólico talismán de carne y hueso que cura de su melancolía a las gentes un poco desengañadas de vivir.»

Y, en efecto, esto es la danzarina de moda, y que ha nacido cerca de Cádiz, como aquellas ya legendarias que eran transportadas a Roma para que no se entenebreciesen demasiado los legisladores del mundo. Inevitablemente, nos pone contentos con su irresistible hechizo de hembra y de rayo de sol...

La señorita Lledó.

La chucuela hojea una revista ilustrada, y de repente ha sentido clavada en su nuca, de ámbar y con rictos, la vista de un intruso. Vuélvese la lectora y sorprende un inconfundible tipo de bo-

hemio, con sus greñas y su chambergó...

—¿Quién es usted?

Sonríe mofistóticamente el interpelado, y contesta, señalando con su cigarro una firma en el periódico:

—Ese...

Así se conocieron un poeta y una muchacha que semejaba un golfllo de *biblot*, con su naricita respingona, sus cabellos negros y enmarañados y su silueta resbaladiza. Y como era una noche de junio y, madrileña, con olor de albahacas, con vehículos verbeneros, con músicas de ciegos en las terrazas de los cafés y con un cielo de turquesas pulverizadas, en aquel ambiente de voluptuosidad, el vate y la niña encontraron natural su hallazgo mutuo, con que se hicieron amigos y quizá hasta un poco enamorados. Acabaron comunicándose sus ilusiones para el porvenir. Luego de un silencio soñador, la chica del vestido y los zapatos blancos comenzó a cantar con un hilo de voz tan dulce, tan bonito...

Desde entonces, han pasado algunos años. El poeta ya no gasta las melenas noveleras y sonríe al evocar los episodios de su ayer. Como un buen burgués que detesta el teatro, que obliga a pensar, anoche se ha refugiado contra el trío en el *Reina Victoria*. Y allí le aguardaba la emoción. Porque ha salido a escena aquella niña de aquel nocturno. El golfllo se magnificó en una muñeca de *La Vie Parisienne*, de las que hacen chochar a los senadores de calva de celuloide y botines de piqué. Toda la sala, en verdad, parecía uno de esos viejos verdes. Porque seguía, embobada, las mimosidades, travesuras y los lindos disparates de la mujercita de juguete. El antiguo bohemio entornó sus ojos, sintiendo que se le secaba la garganta y que se aceleraba su pulso. Y el hilo de voz tan dulce y tan bonito, como en la desvanecida noche de junio, volvía a sonar con su magia encantadora. Una salva de aplausos sacó de su embrujamiento al infeliz...

Junto a la concha, la pequeña tiple agradece la ovación. Sonríe, sonríe, sonríe. Cuando en los tiempos anónimos cantaba el golfllo para sí o para el vagabundo literario, quedábase triste al terminar y algunas veces hasta con lágrimas en sus ojos risueños. Y es que la señorita Lledó—heroina histórica de cuanto va referido—sabe distinguir entre ser musa de un melencudo o serlo de la opereta.

Carmela Oliver y Cobefia.

Fui a Santander para embarcarme con rumbo a América, y apenas anduve un poco por la ciudad, vi en las esquinas unos carteles de la compañía de comedias que dirigen Carmen Cobefia y Federico Oliver. El encuentro con estos antiguos amigos adquiría un sentido de cordialidad nostálgica, gracias a mi situación de viajero trasatlántico. Por la noche asistí a la función en el palco de la Empresa. Y cuando me disponía a evocar recuerdos, a lo largo de la re-

presentación en provincia de una obra que yo había visto estrenar en Madrid, tocado un poco de sensiblera coquetería de emigrante, sucedió, por el contrario, que me despabilase y animara con nuevas ilusiones el espectáculo más delicioso del mundo. Una rapaza se movía en escena con la ligereza y el fulgor de un pececillo de oro en su redoma. Al principio, fué una sorpresa amable; luego, el interés, y, por último, el encanto de asistir al alba de una gran actriz. Por de pronto, contaba ya nuestro teatro con una ingenua exquisita, algo así como la inmensa Catalina Bárcena; pero todavía tobillera...

Acabada la función, nos quedamos solos en el escenario la colegiala que se reveló como suprema bómica, sus padres y yo. En la sala dejáronse encendidas unas cuantas luces, y en el foso permanecía el sexteto de los entreactos. Y entonces, con una seducción que me llenaba de remordimientos por abandonar esta tierra donde tales bellezas se dan, una segunda colegiala, Marujita Cuevas, cantó unos cuplés de un modo embriagador. Los ruiñesores contribuyeron al éxito del llamado *pequeño derecho*. En mi vida había recibido yo una merced como aquella, por si no bastaba el milagro de antes. Ya con cierta tristeza protectora felicité a Maruja y a su prima, Carmela Oliver y Cobefia, la gran diminuta actriz. Entrambas escuchábanme con sus ojitos muy abiertos. Al día siguiente envié unas flores a esas angelicales criaturas, y al mismo tiempo que ellas las distribuirían en unos búcaros comenzaba el vapor a surcar las aguas infinitas.

Héme de regreso en España y que he asistido a la consagración de Carmela en Eslava. ¿Me permitis un alarde vanidoso? Yo recomendé a la sinuosa y aguda comedianta, que conociese y estudiase *La Chocoterita*. Como sabéis, con dicha obra alcanzó el triunfo de su beneficio. Está satisfecho mi orgullo de perito. Y en cuanto a Carmela Oliver y Cobefia, resulta tan lógico que la gloria aún tenga en sus labios el sabor de unos bombones de chocolate!

Epílogo sentimental.

Excusa, lectora, las confidencias que anteceden. Algunas veces, al observar mis primeras canas y recordando la muchedumbre de gentes que he tratado en mis andanzas, pienso ordenar mis nostalgias en un libro íntimo. Fragmentos del proyectado volumen son los párrafos que acabas de leer. Y algo más. El tributo de un espectador que contemplaba descorazonado el agotamiento de las máximas figuras femeninas de María Guerrero y Rosario Pino a Pastora y Tórtola, y que siente renacer su optimismo a la vista de estas tres promesas del arte patrio: Isabelita Ruiz, o la espontaneidad; la señorita Lledó, o la espontaneidad y la sonrisa; Carmela Oliver y Cobefia, o la espontaneidad y la sonrisa y las lágrimas.

Federico GARCIA SANCHIZ

Diálogos Inverosímiles

La escena es un rincón en penumbra, en el estudio de una joven pintora aristocrática. La luz difusa marca perfiles en los que se destacan las volutas, columnas, ángulos de sombra, blancura de escayolas, ondulación de tapices. En búcaros de cristal antiguo languidecen unas violetas y unas rosas de té, que se miran en el lienzo donde va copiándose la joven artista.

La claridad de la mañana pasa con tonos suaves y lechosos por los amplios vitrales. En el ángulo que nos sirve de escena hay colocada una vitrina, donde brillan las fayenzas, los vidrios venecianos, las estofas antiguas, dos Sajonias que representan fuentes mitológicas. Junto con estos bellos objetos, ennegrecido y rajado, un almirez del siglo XVII, toscamente ciselado.

Entre las porcelanas y los vidrios corre un rumor de descontento.

Una Sajonia (que representa a Cupido disparando sus flechas).—¿Habéis visto qué escándalo?

Una arquilla de Severs.—Tengo, desgraciadamente, la costumbre de presenciar estas anomalías... y de sufrirlas. Sabed que he pertenecido a las colecciones de un anticuario...

Un dragón de vidrio veneciano.—Habrás sufrido mucho.

La arquilla.—He adquirido cierta filosofía.

Una antigua estofa bordada de castillos (al almirez).—¿Pudiera usted retirarse un poco? Por lo menos... hasta que le limpien.

El almirez (altivamente).—No, señora. La estofa (a un relicario de cristal de roca).—Es D. Rodrigo en la horca, ¿eh? ¡Qué fatuo!

El relicario.—No es para menos; desengañese usted. Si se hubiera usted pasado la vida ahumándose encima de un fogón y machacando ajo, y de pronto le hubieran elevado a la categoría de preciosidad artística... (Rien.)

El almirez (como hablando consigo mismo).—¿Cuánta más educación se aprende en las cocinas!

La arquilla.—¿Qué dices?

El Cupido de Sajonia.—Impertinencias... Parece que con las nuevas modas hay pobres gentes muy enfatuadas con su posición inequívoca. Perm, desengañese usted. Un almirez no será nunca otra cosa mas que un almirez.

El relicario.—No es que me guste murmurar... ¡Dios me libre! Por algo guardo reliquias de cinco mártires y un obispo...

La estofa antigua (respetuosamente).—¿Es verdad?

El relicario.—Como lo oyes. Pues, si; no es que me gusta murmurar; pero el único entre nosotros que conoce la realidad de estos spy yo...

La arquilla.—¡Tú!

Todos (con enorme curiosidad).—¿Tú!

El relicario.—Yo. (Saborea su triunfo en una pausa.) Es necesario que sepáis que si este artefacto absurdo se encuentra entre nosotros es, sencillamente, por una equivocación de la cocinera nueva.

El almirez (con tremenda altivez y «sotto voce»).—¡Idiotas!

El Cupido.—¡Ah! ¡Por eso...!

El relicario.—Si; es indudable que ella lo trajo mientras todos dormíamos... Esta cocinera, sin duda alguna, empuña un poco el codo... No es porque a mí me guste murmurar... ¡Dios me libre!

El dragón de vidrio veneciano.—Te diré... Cuando trajeron aquel candelero de hierro, completamente mohoso, nos dijiste una cosa parecida, y asegurabas que al día siguiente estaría en el desván... y todavía no se lo han llevado.

El relicario.—Distraiciones. Vosotros no sabéis lo distraídos que son los artistas; tienen la cabeza a pájaros y no dejan nunca nada en su sitio... Pero con esto ya será otro cantar... ¿Qué creéis que puede hacer un almirez en este sitio? Porque no creo que supondréis que van a machacar aquí el ajo.

El almirez.—¡A mí qué me importa! Tengo más mérito que ninguno de vosotros, ya que por mí mismo me he elevado hasta donde estáis, a pesar de mi humilde origen... Y en cuanto a lo del ajo... (un poco confuso por la superchería arqueológica que va a cometer), sabed que los griegos... se perfumaban con ajo... (Expectación.)

El dragón de vidrio (irónico).—Pues me resulta usted... excesivamente griego, amigo mío.

La estofa antigua.—¿Y descuidaban los griegos de este modo la limpieza? Porque usted no es un prodigio de pulcritud.

El almirez.—¡Señor! Esto «mu» es pátina, precisamente lo que se aprecia más en estas cosas.

El relicario.—Creo que pierden ustedes un tiempo precioso con tanta conversación... Lo de aquel candelero ya es bastante tolerancia para gentes como nosotros, y la señorita Elisabeth es demasiado distinguida y exquisita para consentir entre sus damascos, sus tallas, sus tapices... y, ¡en fin!, entre nosotros, a un miserable chirimbolo de cocina aldeana; porque, señores, lo sé de buena tinta: ahora, en las cocinas elegantes no se «admiten» el almirez. ¡Figuráos si va a admitirse en las vitrinas! Así, que esperemos hasta las diez. A esa hora la señorita Elisabeth entrará en el estudio y se pondrá cada cosa en su lugar.

(Murmulllos de aprobación. Un silencio expectante. El almirez siente repicar nerviosamente la mano contra sus paredes como un corazón inquieto.)

El almirez (para sus adentros).—¿Me llevarán a la cocina otra vez? ¿Será miss Elisabeth aficionada al gazpacho?

(Una sonerie de Sevres y concha, magníficamente incrustada, da las diez. La inquietud aumenta. En la puerta del estudio, vestida de terciopelo negro, Elisabeth. Se dirige a la ventana, descubre los cortinones, contempla un instante las flores marchitas y se dirige hacia la vitrina.)

El almirez (trémulo).—¡Ya!

Todos.—¡Ya!

(La señorita Elisabeth titubea; luego se dirige al almirez, lo coge, lo pone sobre una mesa esparta y coloca en él un manojo de rosas nuevas, preparando otro lienzo.)

El relicario.—¿Eh?

El Cupido de Sajonia.—¡Lo va a pintar! (Silencio lleno de despecho.)

El relicario (al dragón).—¡Ha visto usted, amigo mío!

El dragón.—Es la moda; desengáñese usted... es la moda, que pervierte de esta manera las costumbres.

MADAME DE LYS

La Cocina



Ensalada rusa.

Córtense pequeños filetes de perdiz, salmón y pollo, que haréis sautear con manteca. Añadidles ocho anchoas.

Haced hervir nabos y zanahorias, esparagos partidos en pequeños pedazos y judías verdes cortadas en tiritas finas.

Se hace una cenefa de gelatina blanca, guarnecida de aceitunas y colas de cangrejos.

Poned en una terrina la caza, pescado, aves y legumbres ya preparadas; añadidle caviar, después de sazonado de sal, pimienta, aceite, cayena y ravigote picado.

Mezclad gelatina blanca con la ensalada. En el centro de la cenefa preparada, váyase poniendo en capas la ensalada, separadas por gelatina blanca.

"Totfait."

Poned en una terrina 250 gramos de harina, igual cantidad de azúcar, un poco de sal, una corteza de limón raspada y cuatro huevos.

Mezcladlo todo perfectamente con la cuchara de madera; añadidle 250 gramos de manteca, que haréis fundir en una cacerola, uniendo bien la manteca con la pasta.

Fondead con manteca un molde, de modo que alcance el espesor de medio centímetro; poned la pasta en el molde y hacedlo cocer durante tres cuartos de hora. Aseguráos de la cocción hundiendo en la pasta la hoja de un cuchillo, y dejándolo en el fuego mientras no salga seco.

Cuando el bizcocho esté cocido, desmoldadlo y servidlo frío.



¿Qué es un bello traje, un sombrero fantástico, un calzado lujoso, fastuoso como una joya, y que son, en fin, el ornato de las joyas mismas, si no va con ellas, no el complemento, sino el principalísimo, el indispensable lujo de la lencería? ¡Desgraciados los siglos que no conocieron la ropa blanca!

¡Desgraciados los siglos que no conocieron la ropa blanca! exclamaba una dama célebre por su elegancia; y, en efecto, desgraciados aquellos que habían de tolerar el contacto de las telas ásperas y duras, o escurridizas y demasiado frías, teñidas en color, propicias a destruir con su acción nociva la belleza y la salud de la piel, a producirle erupciones, trastornos sin cuento, y, sobre todo, que nos privaban de esta voluptuosidad de las bellas ropas ligeras, nítidas, llenas de tules y encajes caprichosos, de primorosos bordados, de lazos artísticos, para las que inventa la imaginación, puesta al servicio de nuestra señora la Moda, aún más caprichosas y variadas formas que para el vestido.

En la ropa blanca, la sencillez y la fantasía deben formar un ponderado conjunto, en el que los ojos se vean halagados por la novedad, la riqueza, el primor, y que todo esto no vaya sobrecargado, sino que produzca un efecto de comodidad, de soltura, de líneas esbeltas, de limpieza y pulcritud exageradas.

Las formas Imperio, adoptadas totalmente para camisas, cubrecorsets y combinaciones; las telas elegidas, que son siempre llenas de flexibilidad, de aérea ligereza, tales los *nansous* de seda, las batistas, los crespones, la seda lavable, preferibles siempre en blanco o en tonos palidísimos, que apenas si colorean ligeramente aquellos puntos de la cintura donde un ligero plegado quiere dar mayor soltura y agilidad a la silueta; el adorno—salvo en el caso de algunos juegos excesivamente ostentosos (donde se admiten las incrustaciones de encajes legítimos—limitado a unos anchos jare-



tones de tul, donde se bordan estilizados motivos, pequeñas guirnaladas o coronas de rosas menudas, bodeques o cualquier otro asunto ornamental extremadamente sobrio; todo, en fin, va a conseguir ese objeto de aunar la mayor elegancia con la mayor simplicidad. Tiéndese también a realzar la

juventud de la figura, no ya sólo por la gracia un poco infantil de las gorras, que adoptan cada vez modelos más llenos de coquetería e ingenuidad, sino por ese corte también un poco añinado de las camisas, definidas a la cintura por medio de pasacintas de tul, o de la misma tela si se desea que la ropa resulte más práctica, ya que el tul tiene el grave defecto de ser excesivamente frágil.



Toda la ropa interior es extraordinariamente corta y ancha, dominando mucho las formas abiertas por los lados y sujetas por un trenzado de cinta. Los lazos de color se han suprimido, dando siempre preferencia al tul, al tul, que reina como poderoso señor de hegemonía indiscutible y—confesémoslo—acertadísima.

La ropa blanca constituye una verdadera pasión de la mujer. Absortas ante los escaparates de lencería, ni el más hábil modisto ha conseguido que hacia su más bella creación se dirijan esas miradas empapadas de deseo, de admiración y de complacencia que un salto de cama, una combinación de crespón de China o un juego vaporoso y blanco como una espuma han atraído tantas veces y de tantos ojos femeninos. ¿Por qué? Acaso va prendido al alma de la mujer ese instinto de encontrar lo verdadero del lujo, lo que de él sólo a nosotras pertenece y lo que en él se hizo para halagarnos, para revestirnos totalmente de exquisitas y frágiles bellezas.

El caso es, y está reconocido por todos esos psicólogos perseguidores del espíritu inquieto de Fémina, que lo ven revelarse en los detalles nimios—en los detalles donde se esconden todas las grandes revelaciones y soluciones de todos

los grandes problemas—, que por cada mujer que se pare ante un escaparate donde está expuesta una *toilette* hay ciento que conceden su preferencia a las lencerías y a las vitrinas de los zapateros.

¿Verdad que no me equivoco?

Los modelos de ropa blanca que ilustran este artículo del aspecto más seductor de la moda, presentan unos cuantos modelos de esa ropa blanca, causa de tantas fascinaciones.

En uno de ellos, la señorita Nini, o Dina, o Lulú (cualquiera de esos pequeños nombres le sienta bien), se desprecia en un artístico lecho Imperio y recuerda algo la actitud, llena de erudición arqueológica, de una madame de Recamier.

Los almohadones de este artístico lecho, bordados, fruncidos y cortados con arreglo a la más afortunada variedad, son compañeros de la calcha de *nansou*, con bordados suizos, valiosos Almagros e incrustaciones de malla.

Como además la señorita Nini no ignora que en los gorritos de dormir pueden establecerse todas las variaciones compatibles con la comodidad, adorna el suyo de menudas guirnaladas de rosas de seda blanca, de crespón rosado y diminutas hojas de encaje primoroso.

La otra ilustración presenta un aspecto nuevo de esta señorita Nini, Dina o Lulú, que hemos escogido como modelo, y nos presenta además un *stor* de malla, tul, gasa y seda lavable del mejor gusto, y modelos más sencillos de camisón y gorro, aunque no menos encantadores.

También, junto a los amocillos de porcelana, las lamparitas discretas de pantalla de seda, cuya luz vela el sueño de la señorita Nini, hay otras muestras de lencería: cojines destinados a hacer grato el reposo en un silloncito; tapetillos de Holanda, con bordado abierto y hermosos entredoses; un edredón donde las propias manos de su dueña ha trazado con la aguja primorosos motivos de bordado.

La lencería es el complemento de las alcobas juveniles, a las que dan un tono de alegría, blancura y limpieza.

El Tocador



Una brillantísima recomendable es la que puede hacerse en casa, mezclando:

Alcohol... 200 gramos.
Glicerina... 100 —
Una esencia... 30 gotas.

Se mezcla; agitando bien; se filtra, al cabo de unas horas, y puede emplearse.

Para suavizar las manos, cuya piel se agrieta con el frío excesivo, conviene mezclar, para hacer una untura:

Mentol... 2,10 gramos.
Salol... 4 —
Aceite... 4 —
Vaselina... 100 —
Dos veces al día.

Unos agradables *cachous* para perfumar el aliento, muy simpáticos al paladar y que corrigen con su uso constante el terrible defecto de la ozena, se preparan mezclando muy bien:

Chocolate en polvo... 6 partes.
Carbón vegetal en polvo... 2 —
Azúcar... 2 —

Se añade algo de goma tragacanto disuelta en poca agua y unas gotas de esencia de vainilla; se hace una masa y se forman pequeñas pastillas, de las que pueden tomarse seis a ocho en un día. Su acción es eminentemente digestiva.



ESTADO EN QUE QUEDÓ EL TREN DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE QUE HA CAUSADO LA MUERTE A 17 PERSONAS EN ABERMULÉ (INGLATERRA). (Fot. Vidal.)



DON J. CALDERÓN OZORES, NUEVO COMISARIO DE PÓSITOS (Fot. Alfonso.)



LAS NOTABLES BAILARINAS HERMANAS CORIO, QUE DEBUTARÁN HOY EN EL TEATRO ESLAVA (Fot. Alfonso.)

FÁBRICA DE RELOJES

DE

CARLOS COPPEL

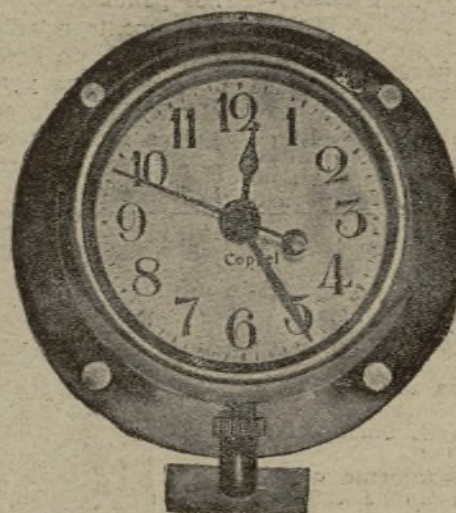
MADRID

Fuencarral, núm. 27.

RELOJ ESPECIAL PARA AUTOMÓVIL

Certificado de
garantía con ca-
da reloj. ::

Venta al por ma-
yor y menor. Re-
mesas a provin-
cias. ::



Con esfera blanca..... 75 pesetas.
» luminosa por radio..... 90 »

Caja de metal blanco, niquelada, con esfera de 7 centímetros de diámetro y máquina fina de escape áncora, de marcha exacta; cuerda para OCHO días.

Carlos Coppel. ♦ MADRID ♦ Calle de Fuencarral, núm. 27.